

cacia, hay que decirlo, los ingleses tendieron a dibujar perímetros y líneas de defensa, y a expulsar a los indios para que no estorbaran la vida de los colonizadores.

*J. D.: Pasando a un terreno bastante más personal, ¿cómo juzga usted la evolución de España en estos últimos años?*

J. H. E.: Estamos viviendo un momento interesantísimo, porque cuando llegué a España a principios de los cincuenta, donde pasé casi dos años trabajando en los archivos, era un país sofocante. El peso del régimen era atroz. Yo a veces tenía que salir del país para no ahogarme. Todo eso ha cambiado, claro, y yo estoy muy animado por los cambios, a pesar del pesimismo de muchos de mis amigos españoles. Soy optimista respecto al futuro del país, sobre todo por la aceptación de la diversidad cultural y política de España, que me parece ha restaurado la riqueza de la herencia española, tan limitada y controlada por el régimen franquista. Y se ve ahora una vitalidad que faltaba por esos años. Eso, a pesar de los problemas, me anima mucho. Tal vez lo más interesante para un historiador que ha vivido estos cambios es notar que también va cambiando la visión histórica de los españoles, que la nueva generación no está tan preocupada por los fracasos. Se está revisando la historia española para demostrar lo que yo siempre he querido demostrar, que las diferencias con otros países de Europa, especialmente la Europa mediterránea, no fueron tan grandes como se llegó a creer, que muchos de los fracasos, incluso en el terreno de la industrialización, fueron más parciales que totales, y que no hay que escribir la historia de España como un país abocado al fracaso por una ley fatal. La visión de la nueva generación de historiadores ha cambiado.

*J. D.: Pero ese pesimismo sigue imperando en cierta forma en nuestra sociedad.*

J. H. E.: Sí, la mentalidad cambia muy lentamente en todas las sociedades, y quedan muchas huellas de ese tipo de pensamiento. Cualquier nueva iniciativa de un gobierno, por ejemplo, es criticada con dureza.

*J. D.: Usted se ha referido a la lección de pluralismo y tolerancia de nuestra sociedad, sobre todo en el campo de la identidad lingüística y cultural, pero últimamente parece que las tensiones han vuelto a crecer, a intensificarse...*

J. H. E.: Sí, desde luego. Por otro lado, es inevitable. Se trata de otro tipo de organización política. Nosotros, aquí en Gran Bretaña, estamos encaminándonos a un tipo de organización muy parecido. Estamos creando autonomías en Escocia, Gales e Irlanda del Norte, y esto va a llevarnos a otro tipo de política, el tipo de política que practican, por ejemplo, Madrid y Cataluña, este juego de presiones y respuestas sucesivas. Pero hay que hacerse a la idea de que esto ocurre y va a ocurrir y saber aceptar las reglas del juego.

J. D.: *Volvamos, si le parece, al terreno de la historia. Usted acaba de referirse a las nuevas generaciones de historiadores españoles, y me figuro que sus relaciones con la historiografía española en general han jugado un papel importante en su formación. ¿Qué nombres destacaría usted? ¿Quiénes influyeron en su trabajo?*

J. H. E.: La visión general cuando empecé a trabajar en los archivos era bastante desoladora, pero hubo dos o tres grandes figuras, desde luego, que a mí me ayudaron y me influyeron mucho. Para empezar, don Antonio Domínguez Ortiz, a quien conocí en Simancas, y que ha sido un historiador magnífico, muy ponderado y trabajador, que no utilizaba sino los datos que iba encontrando en los archivos. A mi juicio, es una figura fundamental en el desarrollo de la historiografía española de la posguerra. Escribía sobre hacienda, política, un poco de todo, y siempre de una manera muy sobria y de gran calidad.

Otro historiador muy importante, aunque muy distinto de Domínguez Ortiz, fue Jaume Vicens Vives, un hombre sumamente carismático, que me acogió en Barcelona cuando estaba empezando a trabajar de una manera muy solitaria. Yo ya estaba a punto de ver que la visión catalanista de la guerra de *Els segadors* era una visión en el fondo deformada, que no cuadraba bien con lo que estaba encontrando en los archivos, y él, al mismo tiempo, con un grupo espléndido de discípulos, gente como Jordi Nadal, como Emili Giralt, como Joan Reglá, estaba intentando reescribir por entero la historia de Cataluña, derribando la visión más exageradamente nacionalista de esa historia y reemplazándola por una visión mucho más matizada. Cuando Vicens vio que yo estaba intentando hacer lo mismo con la Cataluña del siglo XVII, me acogió casi como a un hijo y me apoyó mucho. Tengo una deuda muy grande con él.

Y por último, aunque por aquel entonces no tuve mucha oportunidad de conocerlo, está José Antonio Maravall. Su primer libro sobre la historia del pensamiento español del XVII, por ejemplo, fue muy importante a la hora

de explorar la visión que los españoles tenían de sí mismos. Luego él siguió con esa línea de historia cultural, por lo general no basada en los archivos sino en una lectura muy atenta y muy informada de la literatura, tanto la gran literatura de ese siglo como los panfletos y toda esa literatura menor que cualquier historiador de la cultura debe tener en cuenta. Y esa fue, a mi modo de ver, su gran aportación a la historiografía de la época, desde los años sesenta en adelante. Desgraciadamente, no logró formar una escuela ni tener muchos discípulos, pero nos enseñó las posibilidades que abría la utilización de fuentes literarias en el contexto de una explicación histórica. Debo confesar que su planteamiento de la época del barroco no me llega a convencer del todo, porque su explicación de esa época se fundamenta en la idea del control de las masas por parte del poder, y yo creo que incluso en gente como Calderón es visible una línea de crítica al gobierno. Era una sociedad más difícil de controlar, no tan ordenada o monolítica como nos la ha presentado Maravall, pero a pesar de mis divergencias a este respecto, yo tengo un enorme aprecio por su esfuerzo y sus logros.

J. D.: *¿Y qué opinión le merece alguien como Ferran Soldevila, por ejemplo, a quien usted trató en Barcelona, y cuya visión de la historia era, tal vez, algo anticuada?*

J. H. E.: Para mí Ferran Soldevila fue una figura más bien trágica, aunque también me acogió magníficamente. Pasé muchas horas con él, pero nuestras visiones del pasado catalán resultaron ser en última instancia muy distintas, porque él se había quedado con esa visión heredada del romanticismo, del nacionalismo catalán del XIX, y le costó aceptar los defectos de la sociedad catalana de la primera mitad del XVII, con sus rencores, intrigas, rivalidades... Era una sociedad dividida en facciones y encabezada por una clase dirigente de miras muy estrechas. Y es muy posible que yo, en mi entusiasmo, exagerara los aspectos negros de esa sociedad, pero a mi juicio él exageró los aspectos positivos, y en última instancia, debo reconocerlo, hubo una falta de entendimiento entre nosotros.

J. D.: *En este sentido, ¿cree usted que la historiografía española ha evolucionado en estos últimos cuarenta años?*

J. H. E.: Sí, ha sido una evolución drástica, porque ahora los jóvenes historiadores españoles están muy al día de lo que se ha publicado en otros países, dominan idiomas mejor que sus antecesores, y están al nivel de Europa y Norteamérica. Dicho esto, sin embargo, debo confesar, ya lo he

dicho públicamente, que albergo ciertos temores. Creo que en este campo el estado de las autonomías no ha tenido precisamente resultados positivos. Se ha producido una atomización de la historia de España y corremos el riesgo de perder la visión de conjunto, que es algo que intenté en *España imperial*. Creo que hace falta un nuevo estudio, un nuevo tipo de *España imperial*, que incorpore todos estos nuevos datos, hecho por un historiador español de la nueva generación. Pero por ahora no he visto a esa figura, y eso que estamos ante un grupo muy inteligente de historiadores españoles.

J. D.: *¿Diría usted, pues, que hay una cierta tendencia al provincianismo, al localismo?*

J. H. E.: Sí, como ya he dicho, yo he sido siempre partidario de la visión de conjunto, y eso hasta ahora no aparece en estas nuevas publicaciones. El nivel es muy alto, pero los veo un poco restringidos. Aunque esto está pasando también en Inglaterra, todo hay que decirlo, pasa en todas partes. Hay tanto que dominar, que a los historiadores les cuesta incluso dominar la historia de su propia región.

J. D.: *Supongo que en cierta medida forma parte de un proceso general: por un lado hay un movimiento hacia la unidad política y económica, pero por otro asistimos a la disgregación de antiguos Estados y al crecimiento del nacionalismo. ¿Quién iba a pensar hace unos años que dos de las fuerzas más poderosas de este final de siglo serían el fanatismo religioso y el nacionalismo, a veces emparejadas?*

J. H. E.: Es verdad. Es el fallo de los historiadores, incluso de los de mi generación. No se han dado cuenta de que estas fuerzas se mueven bajo tierra y son capaces de resurgir si las circunstancias son propicias, como ha ocurrido. Y el historiador debe estar abierto a todas las posibilidades.